

Homilía de La Sagrada
Familia

Año litúrgico 2015 - 2016 - (Ciclo C)

“Jesús iba creciendo en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres”

Introducción

La fiesta de la Sagrada Familia nos recuerda el carácter sagrado de la familia, escuela de amor y humanidad. La vida del ser humano no puede ser sino familiar y el evangelio nos ayuda a vivir en plenitud esta dimensión profundamente humana. La escucha atenta al Espíritu nos permitirá ser fieles al ideal evangélico, especialmente en la familia, en el tiempo presente.

Dios nos ha creado homo familiaris, y en la Encarnación ha asumido también esta maravillosa condición. Reflexionando en torno al conocido relato del niño Jesús perdido y hallado en el Templo descubriremos qué sentido tiene el plante de Jesús a sus padres que nos refiere Lucas, el cual, una vez más, dará especial protagonismo a María, que de nuevo “conservaba todo esto en su corazón”.



D. Ignacio Antón O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro del Eclesiástico 3, 2-6. 12-14

El Señor honra más al padre que a los hijos y afirma el derecho de la madre sobre ellos. Quien honra a su padre expía sus pecados, y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros. Quien honra a su padre se alegrará de sus hijos y cuando rece, será escuchado. Quien respeta a su padre tendrá larga vida, y quien honra a su madre obedece al Señor. Hijo, cuida de tu padre en su vejez y durante su vida no le causes tristeza. Aunque pierda el juicio, sé indulgente con él y no lo desprecies aun estando tú en pleno vigor. Porque la compasión hacia el padre no será olvidada y te servirá para reparar tus pecados.

Salmo

Sal 127, 1-2. 3. 4-5 R. Dichosos los que temen al Señor y siguen sus

caminos

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. R/. Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. R/. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses 3, 12-21

Hermanos: Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 41-52

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Comentario bíblico

¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?

La tradición litúrgica reserva este primer domingo después de Navidad a la Sagrada Familia de Nazaret. El tiempo de Nazaret es un tiempo de silencio, oculto, que deja en lo recóndito de esa ciudad de Galilea, desconocida hasta que ese nombre aparece por primera vez en el relato de la Anunciación de Lucas y en el evangelio de hoy, una carga muy peculiar de intimidades profundas. Es ahí donde Jesús se hace hombre también, donde su personalidad psicológica se cincela en las tradiciones de su pueblo, y donde madura un proyecto que un día debe llevar a cabo. Sabemos que históricamente quedan muchas cosas por explicar; es un secreto que guarda Nazaret como los vigilantes (Nazaret viene del verbo nasar, que significa vigilar o florecer; el nombre de Nazaret sería flor o vigilante). En todo caso, Nazaret, hoy y siempre, es una sorpresa, porque es una llamada eterna a escuchar la voz de Dios y a responder como lo hizo María.

1ª Lectura: Eclesiástico (3,3-7;14-17): El misterio creador de ser

padres

La primera lectura de este domingo está tomada del Ben Sirá o Eclesiástico. Tener un padre y una madre es como un tesoro, decía la sabiduría antigua, porque sin padre y sin madre no se puede ser persona. Por eso Dios, a pesar de que lo confesamos como Omnipotente y Poderoso, no se encarnó, no se acercó a nosotros sin ser hijo de una madre. Y también aprendió a tener un padre. La familia está formada por unos padres y unos hijos y nadie está en el mundo sin ese proceso que no puede reducirse a lo biológico. No tenemos otra manera de venir al mundo, de crecer, de madurar y ello forma parte del misterio de la creación de Dios. Por eso el misterio de ser padres no puede quedar reducido solamente a lo biológico. Eso es lo más fácil, y a veces irracional, del mundo. Ser padres, porque se tienen hijos, es un misterio de vida que los creyentes sabemos que está en las manos de Dios.

Como el relato de Lucas estará centrado en la respuesta de Jesús a “las cosas de mi Padre”, se ha tenido en cuenta el elogio del padre humano de Jesús, que no es otro que José, tal como se le conocía perfectamente en Nazaret. Aunque Jesús, o Lucas más bien, ha querido decir que el “Padre” de Jesús es otro, no se quiere pasar por alto el papel del “padre humano” que tuvo Jesús en Nazaret. Incluso la arqueología nos muestra esa casa de José donde se llevó a María; donde Jesús vivió con ellos hasta que, contando como con unos treinta años, abandonó su hogar para dedicarse a la predicación del Reino de Dios; donde posteriormente se reúne una comunidad judeo-cristiana para vivir sus experiencias religiosas.

IIª Lectura: Colosenses (3,12-21): Los valores de una familia cristiana

La lectura de este domingo es de Colosenses y está identificada en gran parte como un “código ético y doméstico”, porque nos habla del comportamiento de los cristianos entre sí, en la comunidad. Lo que se pide para la comunidad cristiana -misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia-, para los que forman el “Cuerpo de Cristo”, son valores que, sin mayor trascendencia, deben ser la constante de los que han sido llamados a ser cristianos. Son valores de una ética que tampoco se pueda decir que se quede en lo humano. No es eso lo que se puede pedir a nivel social. Aquí hay algo más que los cristianos deben saber aportar desde esa vocación radical de su vida. La misericordia no es propio de la ética humana, sino religiosa. Es posible que en algunas escuelas filosóficas se hayan pedido cosas como estas, pero el autor de Colosenses está hablando a cristianos y trata de modificar o radicalizar lo que los cristianos deben vivir entre sí; de ello se deben “revestir”.

El segundo momento es, propiamente hablando, el “código doméstico” que hoy nos resulta estrecho de miras, ya que las mujeres no pueden estar “sometidas” a sus maridos. Sus imágenes son propias de una época que actualmente se quedan muy cortas y no siempre son significativas. Todos somos iguales ante el Señor y ante todo el mundo, de esto no puede haber la menor duda. El código familiar cristiano no puede estar contra la liberación o emancipación de la mujer o de los hijos. Por ser cristianos, no podemos construir una ética familiar que esté en contra de la dignidad humana. Pero es verdad que el código familiar cristiano debe tener un perfil que asuma los valores que se han pedido para “revestirse” y construir el “cuerpo de Cristo”, la Iglesia. Por tanto, la misericordia, la bondad, la humildad, la mansedumbre y la paciencia, que son necesarias para toda familia, lo deben ser más para una familia que se sienta cristiana. Si los hijos deben obedecer a sus padres, tampoco es por razones irracionales, sino porque sin unos padres que amen y protejan, la vida sería muy dura para ellos.

Evangelio: Lucas (2,41-52): "Las cosas de mi Padre"

III.1. Esta escena del evangelio, “el niño perdido”, ha dado mucho que hablar en la interpretación exegética. Para los que hacen una lectura piadosa, como se puede hacer hoy, sería solamente el ejemplo de cómo Jesús es “obediente”. Pero la verdad es que sería una lectura poco audaz y significativa. El relato tiene mucho que enseñar, muchas cosas, como diría algún castizo. Es la última escena de evangelio de la Infancia de Lucas y no puede ser simplemente un añadido “piadoso” como alguno se imagina. Desde el punto de vista narrativo, la escena de mucho que pensar. Lo primero que debemos decir que es hasta ahora Jesús no ha podido hablar en estos capítulos (Lc 1-2). Siempre han hablado por él o de él. Es la primera palabra que Jesús va a pronunciar en el evangelio de Lucas.

III.2. El marco de referencia: la Pascua, en Jerusalén, como la escena anterior del texto lucano, la purificación (Lc 2,22-40), dan mucho que pensar. Por eso no podemos aceptar la tesis de algunos autores de prestigio que se han aventurado a considerar la escena como un añadido posterior. Reducirla simplemente a una escena anecdótica para mostrar la “obediencia” de Jesús a sus padres, sería desvalorizar su contenido dinámico. Es verdad que estamos ante una escena

familiar, y en ese sentido viene bien en la liturgia de hoy. El que se apunte a la edad de los doce años, en realidad según el texto podríamos interpretarlo “después de los doce”, es decir, los treces años, que es el momento en que los niños reciben su Bar Mitzvá (que significa=hijo del mandamiento) y se les considera ya capaces de cumplirlos. A partir de su Bar Mitzvá es ya adulto y responsable de sus actos y de cumplir con los preceptos (las mitzvot). No todos consideran que este simbolismo esté en el trasfondo de la narración, pero sí considero que se debe tener en cuenta. De ahí que se nos muestre discutiendo con los “los maestros” en el Templo, al “tercer día”. Sus padres –habla su madre-, estaban buscándolo angustiados (odynōmenoi). En todo caso, las referencias a los acontecimientos de la resurrección no deben dejar ninguna duda. Este relato, en principio, debe más a su simbología de la pascua que a la anécdota histórica de la infancia de Jesús. Por eso mismo, la narración es toda una prefiguración de la vida de Jesús que termina, tras pasar por la muerte, en la resurrección. Esa sería una exégesis ajustada del pasaje, sin que por ello se cierren las posibilidades de otras lecturas originales. Si toda la infancia, mejor, Lc 1-2, viene a ser una introducción teológica a su evangelio, esta escena es el culmen de todo ello.

III.3. Las palabras de Jesús a su madre se han convertido en la clave del relato: “¿no sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?”. Yo no estaría por la traducción “¿no sabíais que debo estar en la casa de mi padre?”, como han hecho muchos. El sentido cristológico del relato apoya la primera traducción. Jesús está entre los doctores porque debe discutir con ellos las cosas que se refieren a los preceptos que ellos interpretan y que sin duda son los que, al final, le llevarán a la muerte y de la muerte a la resurrección. Es verdad que con ello el texto quiere decir que es el Hijo de Dios, de una forma sesgada y enigmática, pero así es. Como hemos insinuado antes, es la primera vez que Lucas hace hablar al “niño” y lo hace para revelar qué hace y quién es. Por eso debemos concluir que ni se ha perdido, ni se ha escapado de casa, sino que se ha entregado a una causa que ni siquiera “sus padres” pueden comprender totalmente. Y no se diga que María lo sabía todo (por el relato de la anunciación), ya que el mismo relato nos dirá al final que María: “guardaba todas estas cosas en su corazón” (2,51). Porque María en Lc 1-2, no es solamente María de Nazaret la muchacha de fe incondicional en Dios, sino que también representa a una comunidad que confía en Dios y debe seguir los pasos de Jesús.

III.4. Y como la narración de Lc 2,41-52 da mucho de sí, no podemos menos de sacar otras enseñanzas posibles. Si hoy se ha escogido para la fiesta de la Sagrada Familia, deberíamos tener muy en cuenta que la alta cristología que aquí se respira invita, sin embargo, a considerar que el Hijo de Dios se ha revelado y se ha hecho “persona” humana en el seno de una familia, viviendo las relaciones afectivas de unos padres, causando angustia, no solamente alegría, por su manera de ser y de vivir en momentos determinados. Es la humanización de lo divino lo que se respira en este relato, como en el del nacimiento. El Hijo de Dios no hubiera sido nada para la humanidad si no hubiera nacido y crecido en familia, por muy Hijo de Dios que sea confesado (cosa que solamente sucede a partir de la resurrección). Aunque se deja claro todo con “las cosas de mi Padre”, esto no sucedió sin que haya pasado por nacer, vivir en una casa, respetar y venerar a sus padres y decidir un día romper con ellos para dedicarse a lo que Dios, el Padre, le pedía: anunciar y hacer presente el reinado de Dios. Es esto lo que se preanuncia en esta narración, antes de comenzar su vida pública, en que fue necesario salir de Nazaret, dejar su casa y su trabajo... Así es como se ocupaba de las cosas del Padre.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

La familia no pasa de moda.

Las personas somos fruto de una relación entre personas. De la relación entre un hombre y una mujer y de la relación con las personas que nos rodean, especialmente aquellos con quienes convivimos. Esta es la razón que hace imprescindible a la familia en la vida humana.

Tan antigua como la humanidad es la familia. Y tan cambiante como es aquella, lo es ésta. La institución familiar y sus roles son construcciones sociales y culturales. Pero no todas las construcciones son igualmente buenas o válidas. Las hay mejores y peores porque, como hemos mencionado, no construimos ex nihilo, sino a partir de la connatural necesidad de relación que se da en el ser humano. Reconocer lo cambiante de la institución familiar no implica, por tanto, un relativismo o una plasticidad total.

La historia ha conocido el derecho absoluto del que gozaba en la cultura romana el pater familias, que podía disponer soberanamente sobre todas las propiedades -donde se incluían las personas- que formaban su casa. También la familia del presente sufre, en ocasiones, el violento complejo de cobardes tiranos que buscan anular al otro cebándose en sus debilidades con el único fin de tapar las suyas propias.

A pesar de estas perversiones, la familia no pasa de moda. Tanto es así, que todavía hoy muchos modelos de convivencia reivindican para sí dicho título. Todos quieren parecerse al ideal de familia en el que la relación de amor origina un compromiso firme y fecundo.

Honrar, respetar... y amar.

El libro del Eclesiástico nos recuerda uno de los mandamientos principales del decálogo: honrar al padre y a la madre. Dios -afirma- recompensa a quien honra y respeta a sus padres. Pero más allá de la lógica de la retribución está la del amor, tanto que en ella se resume todo el decálogo (amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo). El mandamiento del amor propiamente es más que un "mandamiento": no es una norma, sino una forma de vivir que sólo puede nacer de un corazón "convertido", es decir, vuelto hacia Dios. Una forma de vida plenamente realizada en Jesús, por quien también nosotros la podemos llegar a vivir.

Decíamos que la familia es el ámbito fundamental de relación del ser humano. Por eso mismo puede y debe ser un lugar privilegiado para vivir el amor. Aunque, como también señalábamos, hay ocasiones en las que las relaciones humanas no se rigen precisamente por el amor. Cuando esto pasa en la familia, la herida que provoca en la persona es especialmente grave y profunda.

Al superar el esquema normativo del Antiguo Testamento, el evangelio nos coloca en una situación de mayor libertad y, en consecuencia, de mayor exigencia. No hay que cumplir normas, sino vivir según los ideales del Reino de Dios. San Pablo aplica esos ideales a la familia según el contexto de su época. A nosotros nos corresponde hacer lo propio escuchando, para ello, la voz del Espíritu. No hay, por tanto, un único modelo de familia cristiana, pero eso no significa que lo que aporta el evangelio sea irrelevante o difuso. El ideal de fidelidad y la corporeidad de la entrega, la correspondencia generosa y desinteresada, el cuidado del débil y el perdón, el amor a los hijos queridos como don y no exigidos como derecho, la comunicación profunda, ...

Como recientemente ha puesto de manifiesto el papa Francisco, debemos tener mucho cuidado de no acabar convirtiendo la exigencia del ideal evangélico en una soga sobre el cuello de los cristianos o en una medida para separar a los puros de los impuros. Estaríamos traicionando el mensaje de Jesús y cayendo en el legalismo inmisericorde que tan duramente condena. La exigencia del evangelio es la exigencia del amor, no de la ley. No hay que condenar a las personas, sino curar sus heridas.

La profundidad humana de la relación familiar es tal que es uno de los mejores referentes con que contamos para hablar de Dios. El evangelio nos refiere cómo Jesús nos enseña a dirigirnos a Dios como Padre; su Misterio se expresa afirmando que es Padre, Hijo y Espíritu Santo; y una de las parábolas más bellas nos habla de Dios como padre bueno. La familia nos sirve para hablar de Dios porque en ella participamos en un cierto modo de lo que Dios es: relación de Amor.

La infancia de Jesús

El valor teológico de los relatos llamados "evangelios de la infancia" de Mateo y Lucas es la clave para su correcta interpretación. Lucas escoge -al igual que Mateo, pero desarrollándolo en mayor extensión- un estilo acorde con el conjunto de su evangelio: la narración. No se trata, por tanto, de un discurso teológico, como los que encontramos en Juan, sino de un relato, una historia. Si nos perdemos en los detalles de la historicidad del relato, no llegaremos a captar la idea que el evangelista nos quiere transmitir.

La intención de Lucas no es llenar huecos de la vida oculta de Jesús, como pretendían las múltiples leyendas populares apócrifas que se inventaron en torno a su infancia. Algunas de las cuales, por cierto, han originado tradiciones entrañables que hoy podemos ver en forma de figuritas en nuestros belenes (la mula, el buey y el que los magos de Oriente fueran tres y además reyes). Tampoco pretende referirnos datos biográficos por rigor documental. Lo que Lucas nos quiere decir se ve con claridad en dos momentos de la narración. Primero, cuando Jesús responde a sus angustiados

padres “¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?”. Segundo, con el versículo con que cierra todo el relato de la infancia: “Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres”.

Respecto a lo primero. El comportamiento de Jesús choca notablemente con el modelo familiar propio del judaísmo de la época. Este contraste es exagerado con dramatismo por el evangelista en su relato para lograr más fuerza expresiva. Jesús manifiesta una autoridad inusitada frente a sus padres, autoridad que procede de la relación única que tiene con Dios Padre a quien llama “mi” Padre. Su intención no es desobedecer a sus padres, sino responder a la misión para la que el Padre le ha enviado. A una edad ya adecuada para la época, Jesús se muestra primeramente preocupado por los “asuntos de mi Padre” (en otra posible traducción del texto). Lo que la escena nos dice es, en pocas palabras, que Jesús es el Mesías.

De este modo, el relato anticipa con fuerte simbolismo lo que será el culmen de su misión: la predicación profética en el Templo que le costará la vida. Al tiempo que muestra la radicalidad de la entrega al Reino, que identificará con el seguimiento a su persona: la madre y los hermanos de Jesús son quienes acogen la palabra de Dios (Lc 8, 21) por encima de vínculos familiares (Lc 14, 26). No se trata de rechazar dichos vínculos familiares, sino de asentarlos en la lógica que debe regir toda relación humana: la lógica del Reino de Dios, que es la lógica del amor. Una vez más, Jesús se muestra libre y liberador respecto de los rígidos códigos de su época. La lógica del honor debido a los que son de la propia sangre debe ser superada. Pero también hay que ir más allá del amor a aquellos que nos son más próximos y que me corresponden con su amor. El nuevo mandamiento del amor no elimina nuestras relaciones, las hace nuevas.

Respecto a lo segundo. El último de los misterios gozosos que se contempla en el rezo del Rosario es precisamente este episodio, el del niño Jesús perdido y hallado en el Templo. No es irrelevante cómo enmarca Lucas la historia. Comienza en el v. 40 afirmando que “el niño crecía y se robustecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él” y finaliza en el v. 52 diciendo que “Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres”, prácticamente lo mismo. Parece querer dejar claro que la nítida y temprana conciencia que Jesús manifiesta de su especial filiación divina no resta nada a su humanidad. Jesús quiere crecer en esta relación con Dios -por eso necesita dialogar con los maestros y los doctores del Templo- y en su relación con los demás -por eso se desarrolla y madura, como cualquier joven, educado bajo la autoridad de sus padres.

La imagen estática de un niño Jesús “adulto” que desde su nacimiento todo lo sabe y que se comporta con actitud hierática o finge rasgos humanos reprimiendo poderes sobrenaturales -imagen típica de las leyendas apócrifas- es una imagen tan poco cristiana como la que niega la divinidad de Cristo. La Encarnación significa que Dios asume plenamente la naturaleza humana.

En síntesis, Lucas resalta a través de este relato tanto la humanidad de Jesús, que nace y se desarrolla como persona creyente en familia y en sociedad, como su divinidad, manifestada en su temprana conciencia de su relación filial única con Dios Padre.

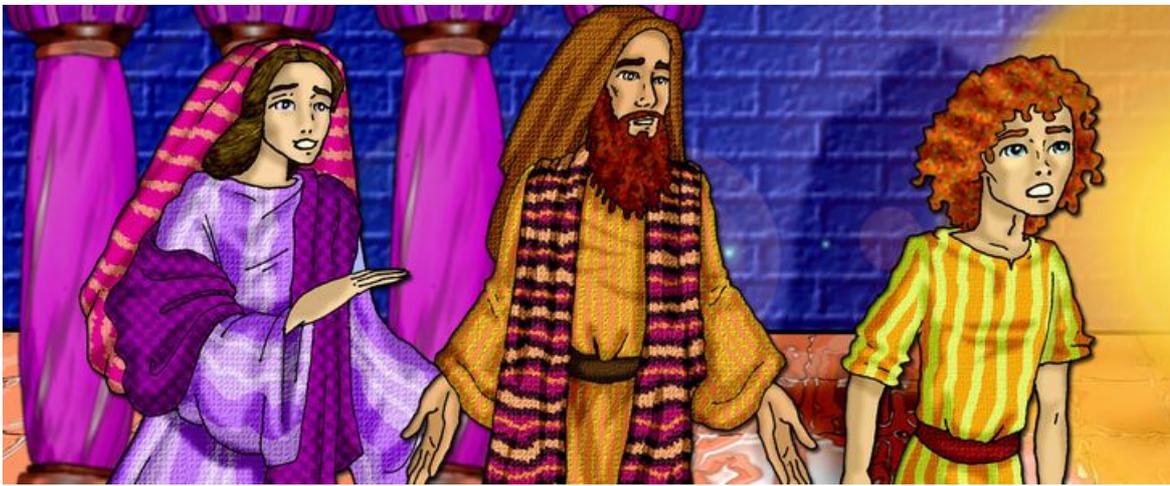
Este es el Misterio central de nuestra fe que en estos días estamos celebrando. Misterio al que no alcanzan las palabras, porque ante la Palabra que se hace hombre, nada queda por decir. Escuchemos.



D. Ignacio Antón O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

La Sagrada Familia - 27 de Diciembre de 2015



El Niño perdido y hallado en el templo

Lucas 2, 41-52

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre, y cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: - Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados. El les contestó: - ¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. El bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Explicación

Jesús y sus padres iban a Jerusalén cada año, en peregrinación. Y el año que Jesús cumplió doce, ocurrió algo singular. Después de pasar los días previstos en Jerusalén, y comenzado el regreso a Nazaret, a Jesús le echaron en falta en la caravana con la que volvían a casa sus familiares y amigos. María y José seguros de que el niño no iba con ellos, dieron la vuelta a Jerusalén, y después de bastante tiempo le encontraron en el Templo, hablando con personas mayores, muy entendidas en asuntos de La ley y la religión de los judíos. Estaban admirados de sus palabras. María le dijo: Hijo, ¿por qué nos tratas así? Y Jesús le contestó: ¿No sabéis que debo estar pendiente de las cosas de mi Padre? No le entendieron muy bien lo que quiso decirles. Pero Jesús bajó con ellos a Nazaret y siguió a su lado, creciendo en edad, saber y bondad.